

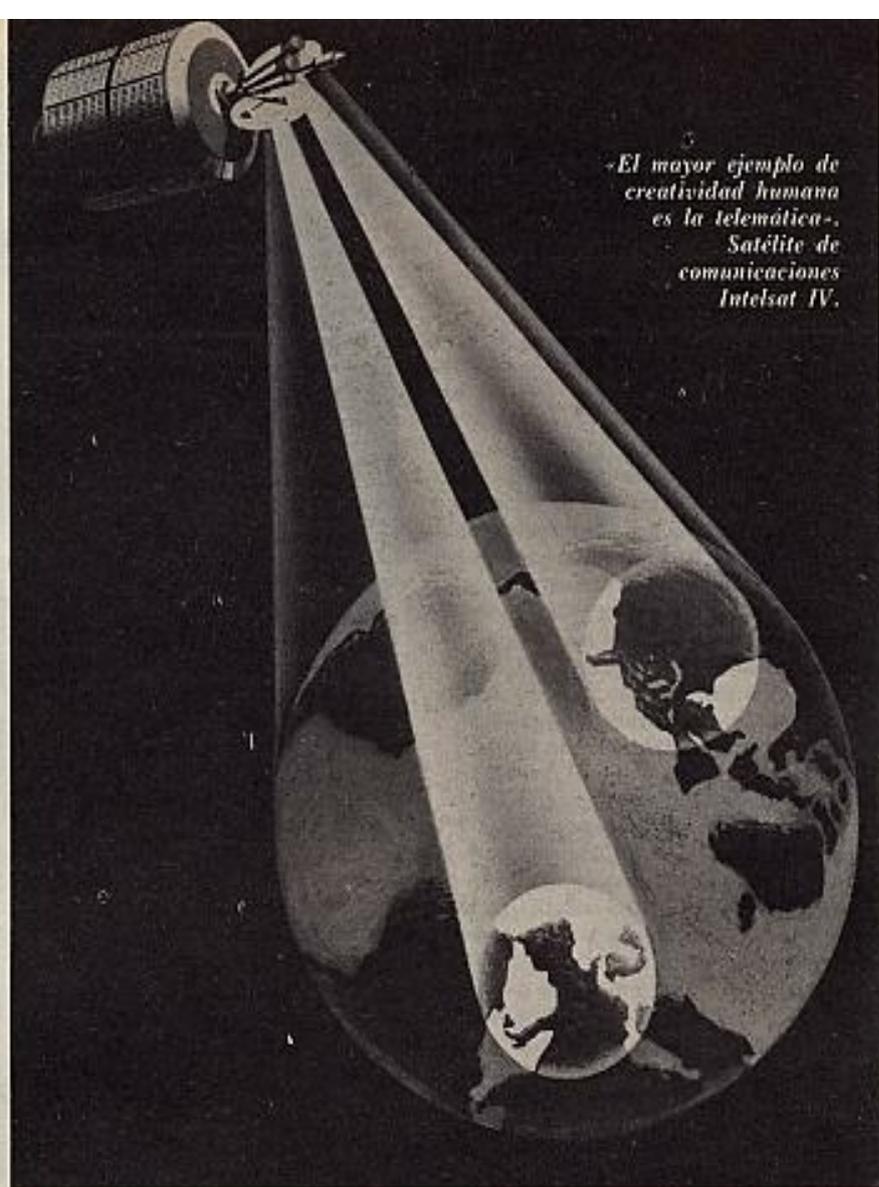
E

XISTE una clase de literatura aún más pesimista y sombría que la que diariamente logra ponernos el alma en vilo manipulando la desdichada actualidad. Es la literatura que

refiere las miserias del porvenir. Tengo un particular remedio casero para preservarme contra las adversidades y sobresaltos del presente tal y como suelen ser amargamente llorados por los escritores más responsables del país, siempre patrióticamente atentos a dramatizar con severidad no exenta de fatalismo medieval las mayores minucias que los teletipos arrastran, pero, sobre todo, siempre dispuestos a demostrar con orgullo que como en España no se sufre en ningún sitio: cuando cada cierto tiempo las oligarquías informativas y políticas madrileñas se ponen de acuerdo para advertirnos que todo va mal, muy mal, definitivamente mal, y que de ésta no salimos -rito escatológico, por cierto, que en estos instantes ya ha logrado el beneficio de la periodicidad semanal- huyo como gato escaldado hacia las prosas que describen el futuro para convencerme de que todavía no estoy en el más atroz de los mundos posibles, como aseguran con absurdo *chauvinismo* los esforzados dramaturgos de la actualidad traumática.

Porque allí donde los abnegados pesimistas del presente colocan un meritorio adjetivo desconsolador, los contumaces pesimistas del futuro sitúan un estremecedor superlativo nuclear. Si ahora es, como parece, el reino del temor, mañana será el imperio del pánico, a lo que se lee. Acontecimientos que en estos momentos nos hacen vivir los *mass media* como el no va más del infortunio político, suenan a finales de novela rosa al lado de las adversidades espepluznantes que nos acechan en la esquina del segundo milenio por culpa de las infernales técnicas de tiranía planetaria que «se preparan»; así, como en las series del doctor No, en abstracto. Nos quejamos de las desdichas innumerables del agotador *génesis* democrático, pero de lo que se trata es del mismísimo *apocalipsis* político, repiten machaconamente los prosadores de ese periodismo prospectivo de rango humanista y de color amarillento.

Por eso decía hace unas líneas que no hay remedio más eficaz contra las numerosas plumas sombrías de la actualidad que un elemental paseo por las también abundantes prosas sombrías que nos hablan con terror litera-



«El mayor ejemplo de creatividad humana es la telemática».
Satélite de comunicaciones
Intelsat IV.

EL TERROR AL FUTURO

JUAN CUETO

rio del futuro científico. Esto he aprendido: siempre habrá una situación de aquí al año 2000 todavía más siniestra y ominosa que cualesquiera de las que nos venden en el presente. En comparación con lo que se acerca, esto es Jauja. Y no es que me encuentre feliz y contento con lo de ahora mismo: es que me aterran seriamente esas «hecatómbicas» predicciones, prospecciones, adivinaciones o premoniciones que por ahí leo.

La industria del pesimismo

Habida cuenta, por otra parte, que los narradores cotidianos de las desventuras del hoy son *precisamente* los

mismos que suelen referir las malandanzas del mañana -al menos pertenecen a idénticas familias ideológicas- hay que concluir que uno de los diagnósticos que nos hiela la esperanza tiene que estar equivocado. Naturalmente, me refiero aquí a equivocaciones de tipo estilístico. Pues si para las infelicidades del presente están logrando agotar el vasto catálogo de las desmelenadas frases conclusivas -construidas con los ladrillos del «todo», «nunca», «jamás», «definitivamente», «laus Deo», de los desconsiderados juicios absolutos, tantas veces absolutistas, del desgarrado énfasis aflitivo, y, sobre todo, de los siempre imprudentes «adjetivos sin retorno», cuando acontezcan las predicciones, es decir, ese verdadero siglo de hierro

que ellos mismos anuncian, habremos quedado lingüísticamente desarmados por el abuso injustificado de ese lenguaje acabadador, terminante, perentorio y apodíctico que ya es comercio habitual en todo articulista que se jacte de alarmista, que como se sabe es la presunción de moda, la manera habitual de llamar la atención. «La preferida equivocación del escritor de hoy es el énfasis; palabras definitivas, palabras que postulan sabidurías adivinas o resoluciones que una más que humana firmeza...», escribía en 1930 Borges de cierto estilo castellano estridente, generalizador y categórico, y no quiero imaginar las destemplanzas que el de Buenos Aires diría si ahora pudiera leer esa sarta de diarias contundencias con sonido a postrimerías de vidrio.

Ignoro con sinceridad las razones profundas por las cuales en este país la abominable literatura de signo catastrofista ha sido elevada a suprema categoría ética; de idéntica manera que no puedo explicarme el misterioso prestigio que entre las clases cultas y teóricamente progresistas tienen los rumores nefastos generalmente infundados, esas predicciones

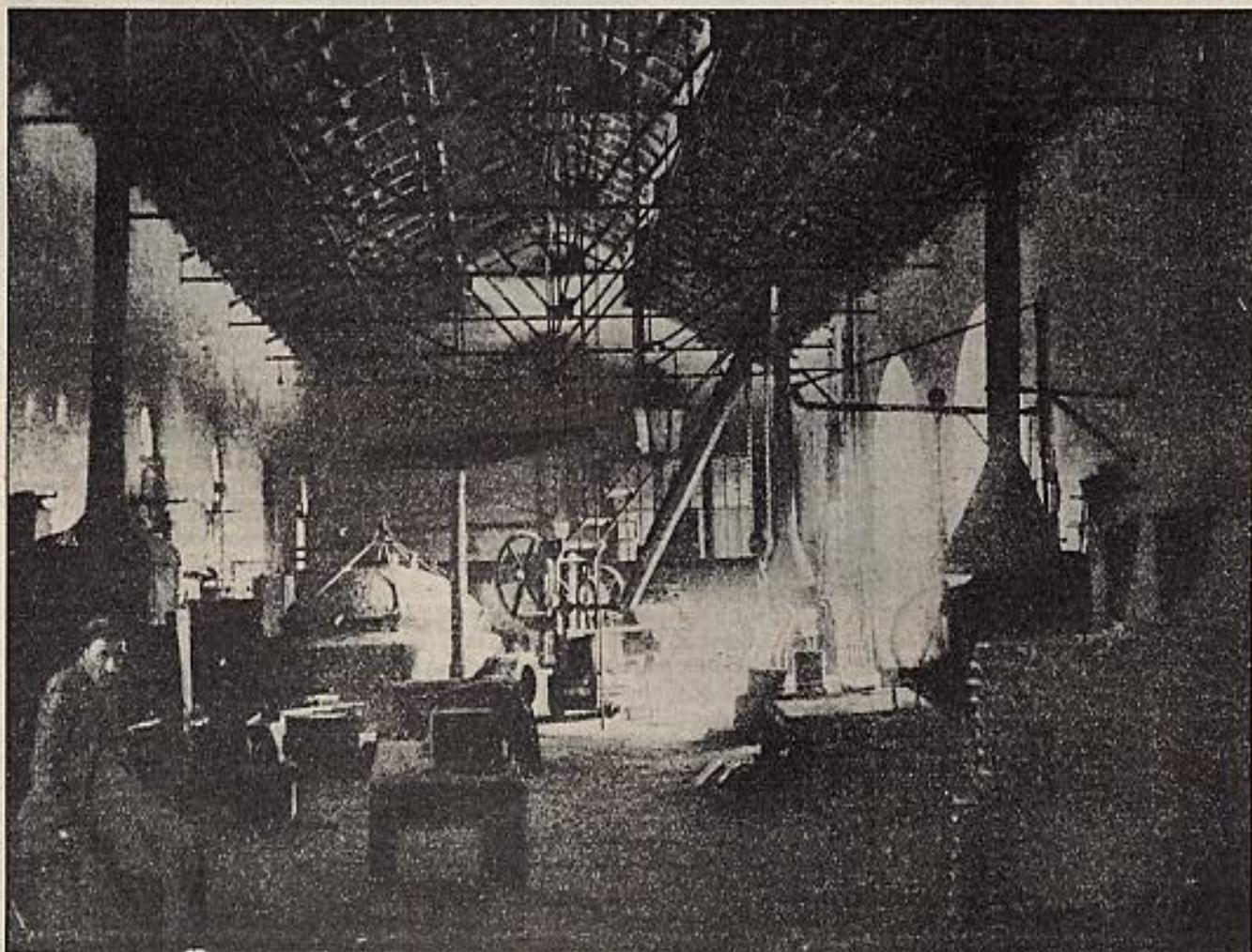
aciagas que jamás suelen resistir el paso del tiempo —quiero decir, el tiempo de los telediarios de antes de Gabilondo— y toda suerte de noticias adversas, infaustas y calamitosas que siempre están a punto de dar al traste con *todo* y luego se diluyen vertiginosamente en la *nada*. Comprendo perfectamente que gracias al recurso temático del pesimismo se pueden escribir más artículos, pronunciar más conferencias y tener ocupados y distraídos durante más gobiernos a lectores y electores. Pero entiendo menos las consecuencias que se derivan de esta táctica del sobresalto de quita y pon. Estamos tan acostumbrados al sensacionalismo del sanseacabó, sonido del requiescat in pace, a transformar inmediatamente en dramas patrios lo que en otras latitudes no tan ajenas a la nuestra en lo económico y en lo social es clasificado sin miramientos en la sección de sucesos locales, que ya hemos perdido el útil pudor a meter la pata, y lo que es peor, a meter la ideología hasta la empuñadura por evanescentes hechos que irrumpen en el mercado político como en el mercado consumista surgen los pañuelos de papel, las jerin-

guillas de un solo uso o los envases, irrecuperables. Por lo visto, lo que interesa es que la audiencia no decaiga y para ello nada mejor que acogerse al género del pesimismo. Empezar a suceder por culpa de esta dominante retórica cenicienta, de gesto lacerado y estilemas trágicos que se sucede a un ritmo endiablado, que estamos logrando erradicar de nuestras costumbres el «molesto» principio de no contradicción, después de haber liquidado sucesivamente el pluralismo, los programas con una durabilidad superior a la cota trimestral, que, como se sabe, es la frontera que en estos momentos separa la actualidad de la historicidad. Nada dura en la política española más de tres meses.

Lo importante es agorar

Lo importante no es acertar en los diagnósticos pesimistas —cuya inverificabilidad alcanza este verano cotas memorables después de todo lo que se dijo y predijo desde febrero—: lo importante es agorar. Y así ocurre

«Carece de sentido la decimonónica dicotomía entre el optimismo y el pesimismo de la ciencia». Imagen de una fundición y fraguas del siglo XIX.



EL TERROR AL FUTURO

que la infamia mayor que se le puede decir a un político, a un periodista o a un escritor en candelero es que sus discursos o textos rezuman optimismo; entendiéndolo por «optimismo» cierta actitud serena frente a los descabellados dimes y diretes, acaso un distanciamiento de corte racionalista —si es que todavía se puede pronunciar este desprestigiado vocablo— ante esa información terrible estrictamente confidencial que cotillea todo Madrid y que siempre es anulada por completo al cabo de los días, a veces de las horas, por otra información aún más alarmante, aunque, eso sí, que no guarda relación alguna con la anterior (claro que para buscarle un hilo conductor a lo heteróclito hemos descubierto recientemente los recursos originales de la KGB y de la CIA).

Hace mes y medio, por ejemplo, un conspicuo representante de la clase política madrileña gritó en público, entre grandes entusiasmos, que «en estos momentos históricos la actitud optimista es un crimen de lesa patria». Y porque un infortunado día de marzo tuve la osadía de escribir y publicar que no solamente no creía posible la repetición tejeril, sino que resultaba inverosímil, por lo menos, la dictadura militar en una potencia industrial más o menos novena que ya estaba consumiendo con desparpajo imparable los productos más sofisticados de la sociedad postindustrial, como cualquiera puede comprobar y diagnosticar, fui despiadadamente insultado de «jubiloso» y «alegre»; hasta se me tildó con acritud de «tipo esperanzado», una especie de ateo del catastrofismo patrio —un renegado del carácter nacional, por lo tanto— que se permitía «el lujo elitista de la flema». Empiezo a preocuparme seriamente, sin embargo. Sólo el teniente general Díaz Alegria, el ex comandante Busquets y el capitán Pitchard comparten esa misma actitud escéptica acerca de la viabilidad táctica y estratégica de un golpe militar en España. Ignoraba yo, la verdad, que mi vieja condición de sargento de complemento imprimiera tanto carácter. Y no quiero pensar qué atrocidades estaría yo diciendo ahora si en el segundo campamento de Monte la Reina —por donde también marcaba el paso polvoriento Felipe González— hubiera logrado aprobar el examen de alférez.

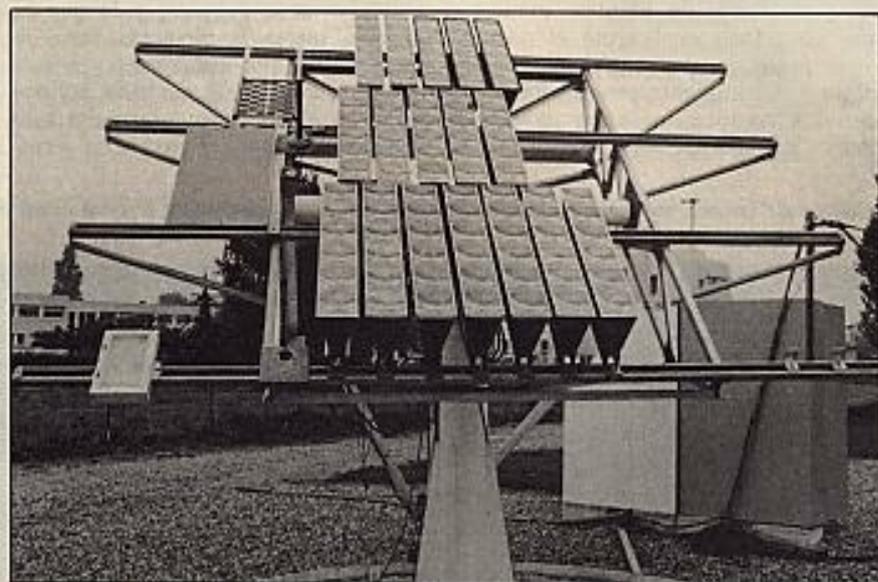
Más milenaristas que los del milenio

Pero, yo digo, el tiempo favorito del pesimismo nacional no es el presente de indicativo, con reconocer lo

bien que lo están conjugando, que es el futuro imperfecto. De ahí que la literatura futurista de sabor apocalíptico goce por estos pagos de tan excelente salud cultural. Bien se puede decir que en el negocio de manifestar desconfianza hacia el porvenir, especialmente hacia el porvenir científico, ocupamos el más alto lugar en el «ranking» de los ya populares terrores del segundo milenio, incluso muy por encima del milenarismo tal y como se manifestó a su debido tiempo en este país. Porque no era precisamente terror lo que aquellos españoles del novecientos y pico sentían por un futuro marcado por la terrible profecía sanjuanera. Oficialmente eran vísperas del apocalipsis, pero en lugar de permanecer disuadidos aquellos tipos por los terrores que les infundían los funcionarios de la in-

vaba de sus propiedades y posesiones confusas; por eso estaban todo el santo día urgidos en pleitos de donaciones, lindes, presuras, escalios y herencias ágrafas. Y me pregunto yo qué rayos pueden temer del mañana unos individuos que en vísperas de la fecha del espanto plantaban viñas, construían casas, cuidaban ganado y se apasionaban por el derecho privado.

También en tiempos de la primera revolución industrial el asunto del futuro estuvo muy de moda, y aseguran que el actual miedo al cambio se paradigma es muy similar al pavor de entonces. Nada más incierto. Cuando las chimeneas empezaron a echar sus primeros humos y los trenes todavía asustaban a las vacas de la aldea perdida, el género literario que se llevaba en las prosas progresistas no



«Saben los filósofos de la ciencia que las crisis son estadios previos al cambio». En la imagen, nuevo proyecto de captación de energía solar.

dustria de lo divino, estaban ocupados «full time» en la repoblación de los terrenos ganados a Islam por el valle del Duero. El espectáculo de entonces era bastante menos catastrofista que el de ahora mismo. Que andaban los condes, los hombres libres y los siervos cristianos —pocos siervos, en verdad— afanados en la organización y explotación de las tierras desertizadas, construyendo molinos, trasladando de las montañas del Norte yeguas, vacas y cerdos. Muy poco atentos a las predicciones agoreras de San Juan y compañía. Lo que verdaderamente les quitaba el sueño a los pequeños seres del milenio no era el miedo al futuro, tal y como insisten torpemente ciertos literatos en su afán de buscar precedentes ilustres a nuestra estupidez, sino el galimatías jurídico que se deri-

era precisamente el del terror al futuro, sino el del horror al pasado. «El futuro es nuestro refugio ante la ferroz competencia que nos hacen nuestros antepasados», escribía Chesterton con mal disimulada indignación por la vasta campaña de desprestigio de lo tradicional que sus colegas habían emprendido. Ciertamente existían los *luditas*, pero eran minoría y carecían de representantes en los medios culturales; no pudiendo el gran Chesterton ser confundido con uno de ellos, como lo prueba su hermoso canto a la soledad de la estación de ferrocarril. Incluso el *culto al futuro* por parte de los intelectuales se expresaba en la era de la electricidad, los trenes, el automóvil y el teléfono de manera elegante; no como utopías, sino como *críticas al pasado*, fiándose sin más de



«Estas gentes que nos alarman de la que nos espera por causa de los microprocesadores perversos son los biznietos de aquellos ateneístas que divulgaban las ideas de Darwin, Marx, Monte y Nietzsche». Ordenador instalado en Hamburgo, para atender llamadas de emergencia de ámbito municipal.

de los literatos se produce prácticamente al mismo tiempo que el trabajo científico, y sin que medien los necesarios libros de texto científico, las obras filosóficas moldeadas sobre ellos e incluso las divulgaciones de cierta envergadura. De ahí que sin esa necesaria preparación o sedimentación sólo pueda haber, como Williams James decía, «una confusión floreciente y zumbante».

Viejo y nuevo paradigma

Lo que ese popular temor al futuro encierra, por tanto, es sencillamente un muy explicable miedo al cambio de paradigma; generado por una vaga sensación de que la revolución científica que se palpa, pero de la que se suele ignorar casi todo, implicará un brusco cambio del concepto del mundo que afectará primordialmente a esa forma decimonónica de acercarse a los hechos sociales, culturales, económicos o políticos, cuyo monopolio siguen teniendo los literatos. Lo notable, por no decir otra cosa, es que esas furibundas críticas a la revolución científica —al futuro— se ejercen exclusivamente desde posiciones anticientíficas. Por eso en España son los tradicionales «hombres de letras» los encargados de narrarnos enfáticamente los desastres que acarreará la revolución científica, confundiéndonos por lo general el fin de unos muy concretos privilegios sociales —los suyos— con el fin de la civilización. Ni por un instante pongo en duda la verosimilitud de las hipótesis pesimistas, tal y como insisten los agoreros desde las afueras del problema —instalados en el viejo paradigma—, digo que en estos momentos de enorme complejidad en todos los órdenes de la vida —especialmente en las llamadas ciencias de la vida y en el escenario de la información— sólo el interior del discurso científico será posible y decente diagnosticar esos hipotéticos efectos positivos o negativos que se derivarán de esos trabajos científicos que ya están conmocionando la arcana forma de ver las cosas. Todo lo demás son comentarios de tertulia que únicamente tienen el interés de testimoniar

la lógica interna del industrialismo, y comprendiendo que la felicidad —esa idea nueva en Europa— empezaba a tener tratos materiales con la idea de progreso tal y como se fraguó en la sociedad decimonónica, es decir, admitiendo que el mañana siempre iba a ser bastante mejor que el hoy...

Los nuevos «luditas»

Admitámoslo. Nuestra estupidez no tiene precedentes. Ni la llegada del milenio ni la del siglo XX lograron provocar tanta desconfianza hacia el futuro como la proximidad de la fecha mítica del 2000. En todo caso, los apocalípticos de la Edad Oscura y los *luditas* de la primera Edad Industrial procedían de las clases sociales más necias: eran los frailes y eran los terratenientes. Mientras que los profesionales del actual y extendido terror al futuro, como es fama, vienen de la cultura teóricamente menos reaccionaria. Estas gentes que diariamente nos alarman de la que nos espera por causa de los microprocesadores perversos, de las manipulaciones genéticas diabólicas o de las invenciones frankensteinianas de la química son los biznietos de aquellos ateneístas que divulgaban las ideas de Darwin, Marx, Comte y Nietzsche, que habían asumido la vanguardia de la civilización industrial, se apasionaban por la termodinámica y la electricidad, tenían los ojos puestos en Viena y, como dice José María Valverde, pensaban «en el sentido de la historia» con un empuje optimista delicioso, plenamente convencidos del dinamismo general de la ciencia y de su carácter homogeneizable. Se comportan, sin embargo, estos intelectuales

que ahora hablan de milenarismo, catástrofes finales, crisis sin retorno o apocalipsis bioelectrónicas como si fueran los descendientes naturales de John Ruskin, cuando resulta que sus siglas, pegatinas, votos y ex votos a cuatricomía los delatan herederos históricos —legales— de aquellos ciudadanos que en su día defendieron en este país a Carnot, Maxwell, Darwin, Marx e, incluso, a Mach contra las iras ultramontanas.

Con ser llamativa, la paradoja no acaba ahí. Ese pesimismo generalizado que emana de las prosas que hablan del futuro (prosas con ideología de versos, para ser exactos) no es más que una desconfianza vital y radical hacia el estado actual de la ciencia. Lo que atemoriza y provoca el rechazo inmediato es la intuición de que los adelantos biológicos, telemáticos, psicoquímicos o robóticos están a punto de cambiar no sólo las viejas concepciones filosóficas y antropológicas, sino la organización tradicional de la vida cotidiana. Las revoluciones científicas, por causas que ahora no vienen al caso referir y que Kuhn analiza detenidamente, han resultado casi siempre *invisibles*. Hoy, gracias a los *mass media* y, sobre todo, gracias a la aplicación casi instantánea y siempre espectacular del trabajo científico a la vida cotidiana —la identidad por vez primera en la historia entre el ojo del experimentador y el ojo del espectador, que decíamos aquí mismo el mes pasado—, se ha perdido por completo aquel carácter de invisibilidad de las actividades científicas lo que permite al profano cierta información inmediata acerca de esos resultados que en otros tiempos tardaban años, décadas a veces en conocerse. En consecuencia, la «opinión»

EL TERROR AL FUTURO

instintos y emociones de sobremesa; opiniones de nula significación al margen de las ciencias poéticas.

Esto explica, por ejemplo, que la noticia reciente que contaba el éxito de los profesores Hoppe e Illmensee acerca de la reproducción asexual de tres mamíferos genéticamente idénticos haya sido presentada y consumida por estos pagos como «signo inequívoco de que se están cumpliendo las terribles profecías de Aldous Huxley en *El mundo feliz*»; llegando incluso a escribirse —a editorializarse— que en un futuro podría temerse una colonización de masas capaz de ser utilizada al estilo perverso de los genios malignos de la serie de James Bond, como estremecedor ejército de las fuerzas del mal. Y nada digamos de la literatura apocalíptica que diariamente suscita la informatización de la sociedad o los avances de la robótica; siempre repitiéndonos con monotonía que los microprocesadores famosos no podrán acabar jamás con la «creatividad humana» —suelen querer decir, en estos casos, «acabar con las facultades prosadoras y versificadoras del hombre», ignorando que el mayor ejemplo de «creatividad humana» en estos momentos es la propia telemática—; como si esa «competencia» con las humanidades clásicas fuera el objetivo de los perversos fabricantes de «chips» o de los usuarios de los peligrosos tableros alfanuméricos con negra pantalla de visualización y prodigiosa memoria.

La impresentable idea de progreso

Pero cuando la paradoja riza el rizo de lo risible es en el instante en que los bisnietos traidores de los defensores de la civilización industrial, por un lado adoptan ante el advenimiento de la civilización bioelectrónica —dicho sea así, para simplificar lo insimplificable— actitudes claramente *ruckinianas* que hubieran avergonzado con razón a sus antepasados de ideología; y, por el otro, argumentan sus impresentables diagnósticos pesimistas desde los parapetos ruinosos del paradigma científico del siglo XIX. O proclaman su fe en la estética del regreso a la sencillez natural, del espontaneismo etnográfico, de la mentalidad prelógica, o del susto prerrafaelista, o cuando se sienten acosados manejan una *idea de ciencia* tan simple como la que utilizaban sus bisabuelos: «homogeneizada y a la vez en dinámico crecimiento», como describe Valverde el modelo dominante de finales de siglo. Lo cual genera, inevitablemente,

una *idea de progreso* tan ingenua como desfasada. O sea, el progreso concebido a modo de fenómenos natural y que es necesario aceptar en bloque, al decir de Gerard Bonnot. Un progreso, para más detalle, que jamás se detiene, groseramente lineal, que obedece a leyes inmutables, del que de antemano, en los laboratorios de los políticos y economistas, se pueden calcular con toda precisión los beneficios sociales y que, encima, puede ser medido en términos positivos o negativos.

Precisamente esa idea de progreso que manejan los nuevos luditas milenaristas es la que ha entrado en crisis en los finales de este siglo, 100 años después de haber encandilado a aquellos barbudos señores optimistas del Ateneo. Carece de sentido, ahora mismo, la decimonónica dicotomía entre el optimismo y el pesimismo de la ciencia; y del futuro, por tanto. Las cosas no serán mejores o peores que antes: serán diferentes. De la misma manera que ya no es posible tomarnos en serio las ilusiones cuantitativas, ni siquiera las acumulativas. Lo nuevo no viene a añadirse a lo viejo, a completarlo armónicamente, sino a reemplazarlo. Como ejemplifica Bonnot, la aparición del tractor provoca la desaparición del caballo.

En fin, las comparaciones con el

«La noticia del éxito de la reproducción asexual de tres mamíferos ha sido presentada y consumida como signo inequívoco de que se están cumpliendo las profecías de Aldous Huxley». Ensayos sobre cobayas de la microcirugía para unir miembros de cuerpos accidentados.



pasado desde el punto de vista de la ciencia siempre resultan falaces: son evidentemente tergiversadoras cuando se articulan desde modelos completamente ajenos al presente, y constituyen el colmo de lo reaccionario cuando, además, son utilizadas para desacreditar el futuro.

El «hall» del cambio

Lo absurdo, insisto, está en plantear el tema del futuro en términos de pesimismo o de optimismo. Vivimos un tiempo de rupturas y de hiper-complejidad, en el que es preciso *escoger* a cada instante. Se acabaron los modelos cerrados, definitivos, que llevan inscrito en sus lomos la etiqueta consoladora de la totalidad, como las viejas ideologías. Querámoslo o no, de aquí a 20 años —por seguir con la cifra mítica— nos encontraremos en un mundo nuevo, completamente diferente al actual. Lógicamente, esta mutación que ya está provocando la revolución científica a través de la biología, la telemática, la medicina, la química, las investigaciones sobre el cerebro y un etcétera impresionante, se manifiesta actualmente en forma de crisis. El error está en considerar esta crisis como punto final. Sabemos que todo cambio de paradigma va precedido de profundas anomalías sociales, a veces muy dolorosas, en las que es necesario renunciar a muchas ilusiones, descartar no pocas evidencias, sacrificar hermosos proyectos utópicos y reciclar algo más que el pensamiento o las ideas. Crisis de valores, hundimiento de las reglas existentes, liquidación por fin de temporada de los modelos anteriores. Se empeñan los literatos, sin embargo, en analizar e interpretar esta situación irremediable al modo apocalíptico, seguramente motivados por su propio desconcierto. Pero saben los filósofos de la ciencia que las crisis son esos estadios previos al cambio; mejor dicho, los articuladores *críticos* que ordenan «narrativamente» los puzzles inmensos que plantean las revoluciones científicas, los prolegómenos necesarios de la nueva organización del mundo, el síntoma del futuro.

La crisis no es la antesala del infierno, sino, simplemente, el incómodo *hall* de un cambio drástico en la concepción del mundo. Claro que todo esto lo resumió Snow con mucha más precisión y con bastante menos palabrería: «Si los científicos llevan en la masa de la sangre el futuro, los intelectuales de la cultura tradicional responden con el deseo de que el futuro no exista». ■ J. C.